

# *La escritura literaria en Latinoamérica: identidad y globalización\**

*Elena Vinelli  
María Vignolles*

*“La escritura siempre hace visibles las marcas de los tiempos en que se produce”*

## **1. ¿Literatura latinoamericana?**

Desde el descubrimiento prevaleció en Latinoamérica la mirada europea (1) como la única capaz de representar el mundo americano, diluyendo las huellas de la cultura precolombina e instaurando una modalidad desigual de intercambio que, desde el presente, puede ser leída como fundadora de las relaciones centro-periferia. La búsqueda de una especificidad cultural como rasgo común a un grupo social marcó tanto los discursos históricos y estéticos como los míticos, políticos y religiosos producidos en nuestra *orilla* (cf. Carlos Fuentes (2)).

El primer modo de apropiación de la cultura europea fue la imitación, que surgió cuando Latinoamérica comenzó a hacerse cargo de sus relatos. Al respecto, señalaba el peruano Alfredo Bryce Echenique (3): “... a lo largo de la historia, a los latinoamericanos nos enseñaron a ser barrocos (...) a ser románticos (...) a ser neoclásicos. Nosotros contábamos que éramos clásicos, que éramos románticos...” Sin embargo, esta operación no fue sincrónica: la imitación, *operada desde otro contexto*, se fue plasmando también como traición (fragmentariamente, lacunariamente, como trasposición infiel) al original; condición que fue dando lugar a la constitución de diferentes derroteros en la producción literaria local.

A la problemática de la identidad de América Latina, Fernando Ainsa (4) vincula la función del viaje, entendiéndolo como ‘fundacional’ (conquista, colonización y progresivas inmigraciones) y constitutivo de su organicidad. “El necesario reflejo en el ‘espejo europeo’ ha impulsado muchas de las formas que ha asumido el viaje, tanto el iniciático como el de búsqueda de la diferencia, de reconocimiento en la alteridad o el que permite descubrir los propios orígenes en ‘la distancia’”.

El viaje, entendido como cruce entre dos historias, dos culturas y dos lenguas, es también una alegoría de la constitución de la literatura en Latinoamérica: un recorrido único entre dos riberas. La lectura de textos extranjeros pasa de la imitación

\* El presente trabajo recopila las respuestas de distintos escritores que fueran encuestados en el marco de una investigación acerca del lugar que ocupa la escritura literaria en Latinoamérica, en el contexto del fenómeno de globalización.

y la repetición de las formas a la transformación, a la plasmación del debate entre la tradición de la literatura europea y la conciencia de la escisión que se traduce en la gestación de nuevas poéticas, divergentes entre sí, en diferentes regiones de Latinoamérica.

La especificidad latinoamericana fue leída desde Europa cuando, alrededor de los años sesenta, un grupo editorial promovió el llamado *Boom* latinoamericano, cuyos autores fueron Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes, Lezama Lima, Cabrera Infante, Onetti, Roa Bastos, Donoso. En ellos se percibía la búsqueda de un nuevo lenguaje que permitiera incorporar al discurso estético ciertos códigos espacio-temporales, históricos e ideológicos propios. Características de esta literatura fueron la palabra compleja, la fractura de la estructura sintáctica, la incorporación de la oralidad y del mundo mítico. La mayoría de los escritores del *Boom* cuestionaban, a nivel de las estructuras discursivas, las limitaciones de un lenguaje heredado. Ahora bien, si el *Boom* fue en buena parte digitado por Europa, encontró en esta orilla un público preparado para recepcionarlo; para Victoria Cohen Imach (5) el *Boom* puso de manifiesto “la existencia de una masa de lectores preocupados por lo nacional y ocupados en esa búsqueda”.

El *Boom* haría suponer que en un determinado momento de la historia de la literatura latinoamericana, el trabajo con la palabra, la literatura experimental -tal como la definiera Fuentes en *La nueva novela hispanoamericana* (6) - funcionó como un elemento unificador para el llamado “centro”. Sin embargo, aquí y desde aquí, lo que estaba pasando no era una literatura latinoamericana sino una heterogeneidad de corrientes estéticas que se apropiaron con mayor o menor “irreverencia” (cf. Borges) de las tradiciones centrales a partir de diversos usos locales que se fueron consolidando y regionalizando con diferentes recorridos, tanto respecto de sus particulares deslizamientos interdiscursivos (linajes, tradiciones) como respecto de sus estéticas.

El fenómeno del *Boom*, habiéndose presentado como masificado y homogéneo, conllevó la reducción de que era posible hablar de *una* literatura latinoamericana. El hecho de que un grupo de novelas singulares, que habiendo originado más de una poética nueva en sus contextos específicos, coincidiera -en el sentido de *interdeterminación*- con el reconocimiento europeo que exaltó y difundió esa “nueva mercancía literaria” como una marca estética específica de Latinoamérica y con la utopía de unidad identitaria que ocupara al campo intelectual de los años ‘60 y principios de los ‘70, puso de relieve el valor de la literatura como signo de identidad cultural y vínculo social más allá de las polémicas internas -como bien señala Rita de Grandis (7) - respecto de : a) la polémica entre los regionalistas y los cosmopolitas y sus variadas manifestaciones literarias y b) la restricción que operó en la literatura latinoamericana, que fuera reconocida sólo a través de unas pocas figuras emblemáticas del género narrativo.

Desde entonces Latinoamérica ocupó el lugar del exotismo, de lo real maravilloso, del exilio; es decir que se la localizó en un *topos* estancado.

Lo cierto es que, más allá del *Boom*, la cuestión de la relación entre la literatura y la especificidad latinoamericana fue debatida, según Rita Gnutzmann (8), en términos de *protesta social, correspondencias entre literatura e historia, la función de la naturaleza, los tipos humanos, el mestizaje, la lengua, la violencia, el realismo mágico* e, incluso, la dicotomía *civilización y barbarie*.

## 2. La pérdida de los referentes identitarios

Desde diferentes disciplinas, se han desarrollado diversas teorías acerca de la identidad entendida como una construcción, un proceso, una pluralidad de diferencias o un complejo de fragmentos: desde los simposios, los congresos, los encuentros académicos, vale decir desde diferentes espacios públicos, la pregunta por la identidad sigue convocando, incluso cuando la pregunta por el “ser” latinoamericano implique un vacío indefinible que deje siempre fuera aquello por lo que se pregunta.

La tradición humanista concibió la noción de identidad como una esencia innata y trascendente inherente a un sujeto y, por extensión, a una comunidad. Una noción referida a lo unificado, lo Uno, lo indistinto, el origen, lo permanente.

Sin embargo, si la búsqueda del origen implica recoger la identidad en sí misma de la cosa, es decir, “tratar de encontrar ‘lo que ya existía’, el ‘eso mismo’ de una imagen exactamente adecuada a sí misma”, esa búsqueda se anula porque el comienzo de las cosas está en la discordancia con las cosas, en la marca de su diferencia. (Foucault (9)). Para Deleuze (10), en la línea nietzscheana, las identidades no existen como principios, sino que se constituyen en el devenir.

La identidad en su aspecto relacional necesita del otro. Según Raúl Autelo (11) “cuando hablamos de identidades más que de definiciones aludimos a los modos discursivos de construirlas. ‘Yo’, ‘nosotros’, ‘ellos’, ‘los otros’ se reconocen en el nombre propio o nombre social; el sistema de nominaciones hacia adentro del grupo y hacia fuera del mismo implica un sistema de inclusiones y de exclusiones”.

En nuestros días, la visión tradicional de identidad se está perdiendo ya que a *lo distintivo* ya no lo definimos como algo que permanezca igual a sí mismo ni en coincidencia con un territorio determinado. Para Ainsa (12) “la crisis de la ontología de la pertenencia nacional y el creciente proceso de desterritorialización a que invita la desaparición de fronteras y la multiplicación de circuitos de circulación y difusión se traduce en lo inmediato en la pérdida de referentes identitarios por la presunta homogeneización a la que el actual fenómeno de globalización conduce”.

Este fenómeno que describe Ainsa parece ser, por el momento, más visible en Europa que en Latinoamérica: Jacques Le Goff (13) lo define como uno de los grandes problemas del siglo XXI y propone salvaguardar la identidad de los diversos grupos sociales evitando reducirlos a una unidad. Una *mundialización* (aceleración

de los movimientos migratorios y de las relaciones entre las diferentes culturas que hubieron de comenzar en el siglo XVI) entendida como diversidad no antagonista, *convergente*, en la que funda la diferencia entre *nación* y *patria*.

Esta nueva fase del capitalismo -que se caracteriza por el creciente poder del capital y del mercado y, con ello, la expansión de valores norteamericanos y eurocentristas- se presenta como un proceso contradictorio desde el momento en que, por un lado, propicia las relaciones horizontales de una "aldea global", con el consecuente borramiento de fronteras geopolíticas, económicas y culturales, y, por otro, agrava las diferencias entre los países o regiones centrales y los periféricos.

En este sentido, promueve una ideología presuntamente igualitaria en cuanto a los beneficios del desarrollo, amplía la oferta cultural en una pluralidad de opciones y multiplica las fuentes de información; sin embargo, en la práctica, la multiplicación de posibilidades resulta restringida y pone en evidencia la desigualdad de oportunidades. Desde el punto de vista del funcionamiento social de los *modos de información*, Jenaro Talens (14) -citando a Poster- menciona la posibilidad de periodizar la Historia según las variaciones estructurales del intercambio simbólico: 1) la relación cara a cara, mediatizada por el intercambio oral, estadio que se caracteriza por las correspondencias simbólicas: palabra y cosa se corresponden; 2) la relación escrita, mediatizada por el intercambio impreso, momento en el que prevalece la noción de representación de la cosa por la palabra; y 3) el intercambio mediatizado por la electrónica, que se caracteriza por la simulación informática con la creación de simulacros. En cada estadio ("estadios" entendidos como una construcción teórica, no real, en tanto no operan sustituyéndose en la sucesividad de una línea temporal, sino que coexisten en un mismo tiempo y espacio) las relaciones entre lenguaje y sociedad, idea y acción, identidad y alteridad son diferentes.

Justamente este caso, el del *universo informatizado*, patentiza la paradoja: si bien inaugura una nueva época histórica, ya que el acelerado avance tecnológico modifica los modos de relación social, se presenta a su vez como un simulacro - como señala Jenaro Talens (12): el acceso masivo y simultáneo a la información produce un efecto de "democratización informativa" que parecería impedir el mantenimiento del control de la información por parte de determinados grupos hegemónicos de poder; pero, la abundancia de fuentes informativas (editoriales, periódicos, emisoras de radio, cadenas de televisión, internet, etc.) no implica una diseminación de la fuente de control, los grupos editoriales o los grandes *holdings* de la comunicación agrupan, bajo una misma estructura económica, diversas empresas con independencia relativa respecto del poder central que controla y diseña el funcionamiento global otorgando a los medios una función ideológica específica. Menos democrático aún se presenta el fenómeno desde el momento en que el acceso a la informatización es restringido y excluye las zonas periféricas que quedan fuera de todo circuito mediático.

Esta múltiple paradoja hace de la literatura una práctica resistente en la que conviven, en tensión, diversos modos de circulación social, que no son sólo característicos de Latinoamérica, y que podríamos simplificar en los siguientes términos: 1) Una literatura “normalizada” (cuyas características pueden o no coincidir con una obra reconocida como prestigiosa que haya pasado a ser colocada como “modelo”) cuyas modas, más o menos homogeneizadas y universales, se expanden desde las propuestas del mercado editorial, lugar que a veces alcanzan a compartir unas pocas obras de unos pocos escritores devenidos de circuitos restringidos que mantienen su práctica experimental y no se someten al canon promulgado, pero que pasan a ampliar su campo de lectores con el consumo de un grupo social que compra objetos prestigiados. 2) Y una práctica literaria que se resiste al canon, de circulación restringida a sus lugares de origen, o prácticamente inexistente en el sentido de que no tiene modo de circular.

Situación ésta que se cruza con la que veníamos considerando en la primera parte: el problema del lugar que ocupa la literatura respecto de la construcción de identidades culturales heterogéneas y fragmentadas, que no responden a criterios geopolíticos unitarios ni generalizables, sino que se definen en relación con una tradición no lineal y con una situación cultural siempre variable.

### 3. “*‘Globalización massmediática’ dice lo obvio -lo superficial- y lo dice feo...*”

Los escritores entrevistados, más que manifestar posiciones contradictorias en relación con el fenómeno de la escritura y la identidad en el mundo presuntamente massmediatizado, reflexionan sobre el tema propuesto desde diferentes enfoques.

En el mundo de la crisis de los estados nacionales y en el de la globalización, lo que se percibe es una tensión entre la pretensión de una literatura mundial, un mercado mundial para la literatura con un tipo de marcas formales y de recepción definidas, básicamente, por EEUU, y las literaturas regionales, los mundos locales, situados, que han hecho de la relación con una región determinada -como el caso de Pavese con Piamonte, o el de Faulkner con el sur de EE.UU., o el de Saer con Santa Fe, el de James Joyce con Dublín, el de Borges con los barrios del sur de la ciudad de Buenos Aires- el espacio de desarrollo de su obra y que, a su vez, están ligados a las vanguardias modernas desde donde trasponen los límites de lo local (dice Piglia). Vale decir que en el espacio de la *globalización* lo que se reconoce es la superficie de las modas y el cliché, y el espacio de la práctica literaria es percibido como una red con características de sociedad secreta cuyas filiaciones se definen por el contexto de lectura: leer desde un contexto y desde una tradición literaria (desde una región literaria: leemos desde el Martín Fierro, Mansilla, Arlt... o desde Cortázar, Arlt, Onetti, etc.); los géneros literarios son leídos de diferente manera en diferentes regiones de Latinoamérica (Roffé, Piglia).

En el sentido de la globalización capitalista y haciendo eje en el mercado y la

función editorial, puede decirse que los escritores coinciden respecto de que lo que se promociona es la literatura de entrenamiento, los estereotipos, y, en este sentido hay, por parte del mercado, una falta de reconocimiento de lo diferente (Pampillo, Giardinelli). Pero lo diferente, las singularidades estéticas sobreviven más allá de la pretendida homogeneización cultural, ya que el discurso unívoco de los massmedia es absorbido en forma desigual por las diversas culturas de América Latina (Gorodischer, Pagano y Porzecanski). En tanto que, en Europa y EEUU, por efectos del *Boom*, no se ha actualizado la mirada simplificadora que entiende la literatura latinoamericana como un todo.

Visto desde la falta de circulación de los textos literarios producidos en Latinoamérica, que no son difundidos ni por el mercado editorial, ni por el periodismo cultural, Abós considera que el fenómeno de la globalización no es real. Salvo Kromfly -que entiende que la planetización e internacionalización del mercado en relación con la cultura ha hecho estallar las relaciones unidireccionales centro-periferia, instaurando relaciones rizomáticas multidireccionales que permiten la circulación de las diferentes propuestas estéticas de Latinoamérica-, la mayoría de los escritores (Rabanal, Andrade, Giardinelli, Pampillo, Lojo, Heker, De Miguel) asimilan este fenómeno a una radicalización de la relación centro-periferia, desde el momento en que el poder de un sector del mundo se impone sobre el resto dirigiendo, entre otras cosas, lo que hoy se edita en Latinoamérica; situación que se percibe en el raquitismo de nuestro sector editorial y en la dependencia, en la mayoría de los casos, de las casas matrices del primer mundo (Andrade, Rabanal). En este sentido Latinoamérica asume una actitud permisiva, deslumbrándose con el aluvión económico y cultural del centro (Andrade). Frente a la imposición, lo que hay es *obediencia o resistencia*: escribir y hacer cultura en nuestros países son actos de resistencia (Giardinelli).

#### **4. “El parentezco entre los escritores es una conexión de sociedad secreta”**

¿Cómo piensan los escritores la literatura latinoamericana en momentos en que son cuestionados los criterios relacionados con las nociones de tiempo, espacio, Nación, identidad, frontera, periodización histórica...?

En torno a este tema articulamos dos posiciones mayoritarias:

##### **4.1. “Un caleidoscopio de diversidades estéticas”**

El sólo hecho de nombrar a “Latinoamérica” de este modo y no de otro trae como problema toda una serie de nociones que se asocian a esa categorización y que se manifiestan en crisis en los estudios críticos actuales, ya que afectan toda posible nominación de ese conjunto desigual que globalizamos con tal nombre: la configuración y distribución, geopolítica y geocultural, en las que reconocemos resabios de las herencias coloniales respecto de los modos de organizar y distribuir el poder y el saber. Fueron esos lugares y nociones (desde dónde se nombra, cómo

el nombre constituye el objeto, a qué cosas llamamos fronteras...) lo que cuestionaron muchos escritores, desde los que "Latinoamérica" viene a ser un nombre convencional y simplificador ("lo nombro así para poder hablar..."), un a priori necesario para oponerle otros nombres u otros enfoques a ese lugar concebido como el "territorio natal" que nos enseñaron a nombrar como si fuera un todo. La expresión *literatura latinoamericana* no consigue decir lo que quisiera, por ejemplo, que hubiera rasgos comunes frente a otras literaturas universales (Piglia, Gorodischer, Boullosa, Cruz Kronfly). Pero, en el interior de esa multiplicidad, se están desarrollando interesantes hipótesis respecto de la identificación de áreas culturales con tradiciones propias que permiten diferenciar la zona del Caribe, del Río de la Plata, la zona Andina, la zona Afro del Brasil (Piglia).

En realidad, si algo interrelaciona a los escritores no es un rasgo común a su producción sino el reconocimiento de la diferencia, donde toda posible filiación no pasa por la identificación de corrientes estéticas, ni por un criterio geográfico o geopolítico, sino que cada uno crea y elige a sus precursores inmediatos y familiares, más allá de que hayan sido o no de su región o de la ajena, centrales o periféricos, de la Puna o de Nueva York (Belgrano Rawson, Pampillo, Boullosa, Piglia).

No se vislumbran movimientos literarios nacionales o regionales o continentales y, si los hubiera, no tendrían posibilidad de acceder al mercado editorial, fuertemente marcado por los intereses de los países desarrollados, salvo como aventura personal (Andrade). No puede advertirse una urdiembre construida por las distintas producciones latinoamericanas; y como de hecho no podemos apreciar las distintas voces, las rupturas y recurrencias que se verifican, cada literatura nacional o regional aparece aislada (Piglia, Heker, Rabanal, Andrade).

En los tiempos del *Boom* era posible identificar autores, obras y movimientos. Hoy se desconocen las producciones literarias de los distintos países porque las políticas culturales no permiten que los escritores sean reconocidos más allá de la esfera de su propio país (Abós, De Miguel). Sin embargo, durante aquellos años ya se había operado un reduccionismo: el de creer que todo en la literatura latinoamericana era "realismo mágico" (Cruz Kronfly, Rabanal). La literatura latinoamericana que se lee y se estudia en Latinoamérica sigue detenida en los años '60 y '70 (Giardinelli, Rabanal, Roffé).

En este marco, también fueron abordados los conceptos de *nación* y de *región* que aparecen como un espacio, un contexto de lectura, un pasado, algo que nos hace pensar que no estamos solos frente a toda la literatura que se ha escrito (Piglia). El concepto de *nación* está atravesado por el de *tradición*: estatuto temporal estable para la construcción de una sucesividad o identidad de un conjunto de fenómenos que se vuelve a fundar en la reescritura: cada escritor inventa su propia tradición. Sólo la lengua, el uso de la lengua, y las simpatías crean filiaciones (Piglia, Pampillo, Roffé).

La noción de *literatura latinoamericana* es aportada por la mirada europea y por la mirada de los departamentos de Literatura Latinoamericana de los Estados Unidos, que tienden a unificar heterogeneidades y tradiciones culturales muy diversas (Rabanal, Piglia).

La posición más extrema en esta postura es la de Juan José Saer para quien la expresión “literatura latinoamericana” cumple con una función ideológica determinada por las expectativas del mercado; para él, la única patria de los escritores es el territorio experiencial de su propia infancia en la que se entablan las primeras relaciones con la única patria posible: la inaccesibilidad de lo real.

Si no hay causes mediáticos de circulación para las literaturas regionales, entonces éstas subsisten aisladas, incomunicadas, quebradas, boca a boca y la “Literatura Latinoamericana” es la máscara de una inexistencia (Heker). A los escritores no los reúne ni la superficie de la moda, ni el cliché; en este sentido, el mercado los separa: el problema no está en el proceso de expansión de la informática en sí mismo, sino en cómo genera productos culturales; entendido como una época histórica, el fenómeno informático es irreversible; la resistencia no está en negarlo sino en escribir rechazando su lógica (Piglia).

#### **4.2. “Búsquedas identitarias”: “Yo no escribo como mexicana, aunque sólo por serlo como lo soy escriba”**

Para algunos escritores, Latinoamérica tiene una identidad definida a través de sus grandes escritores, cada uno de ellos representativos del sitio en que nacieron. Sus textos reflejan tanto la problemática política como la intimista de Latinoamérica (Pagano).

Existen búsquedas identitarias en la periferia que funcionan como núcleos de atracción dentro de lo periférico; tal el caso de los escritores que comulgan con revisiones ideológicas de las historias épicas ya canonizadas por la modernidad, que son revisiones menos estereotipadas de líderes y figuras políticas o mitológicas de peso en la elaboración de las identidades nacionales, regionales, étnicas, de género o continentales (Pagano, Lojo, Porzecanski).

Consideran que falta perspectiva suficiente para saber qué se escribe hoy en América, no obstante reconocen ciertas líneas en la literatura latinoamericana de los ‘90: la novela histórica, la novela testimonial y la escritura de mujeres. La literatura latinoamericana canonizada en los ‘90 es, en Argentina, la porteña y, en Latinoamérica, la literatura de los ‘60 y ‘70 (Giardinelli).

Hoy la memoria aparece como el sello más fuerte de la narrativa latinoamericana: los escritores intentan rescatar nuestra memoria colectiva a través de la recreación histórica como un modo de hablar del presente. En la nueva novela histórica se dan cuestionamientos, torsiones y reversiones de la historiografía tradicional (Giardinelli, Lojo).

Sólo algunos escritores reconocen parte de su propia producción en el interior de estas búsquedas identitarias: dentro de un paisaje urbano y como indagación filosófica de la subjetividad (Porzecanski); ligados a la reconstrucción de la memoria o la novela histórica (Roffé, Lojo, Giardinelli). Otros, lo que reconocen son sus lecturas: desde dónde leyeron, desde qué escritores leyeron (nunca con la rigidez de un canon) y la puesta de su propia escritura como un modo de leer (Roffé, Piglia).

### 5. Conclusión: *La heterogénea configuración de la producción literaria latinoamericana.*

Los escritores reformularon las cuestiones con las que se ha asociado tradicionalmente la noción de identidad: la historia, la pregunta por el sujeto, las geografías, las condiciones de producción, la lengua...

Un claro lugar de convergencia entre ellos es el de la renuncia o desenmascaramiento de la idea de tratar globalmente el objeto *literatura latinoamericana* -que sólo se mantiene como nominación de un recorte institucional-, desde el momento en que en la producción literaria lo que se reconoce es una configuración heterogénea.

Si algo comparten -salvo excepciones- en relación con la actualidad, es la conciencia de su relativa circulación y su aislamiento respecto de la "profecía de la globalización", que se traduce en tres problemáticas básicas:

- El efecto de incomunicación provocado por la asincronía temporal y espacial que, paradójicamente, contradice los discursos de la cultura massmediática; contexto en el que Latinoamérica aparece como incapaz de generar circuitos propios de difusión.
- La conciencia de ser periféricos se vincula con la idea de exclusión de las políticas culturales que, en las distintas regiones, no promueven las estéticas propias a nivel continental.
- La existencia de un circuito de circulación monológico que solamente promueve lo normalizado en detrimento de la pluralidad de voces.

Lo que está cuestionado es el lugar que ocupa hoy la literatura como producto cultural y la ausencia de un sistema de reconocimiento que aspire a trascender los recortes de las políticas de circulación.

Si a algo se oponen los escritores es al "esteticismo" de la política mercantil, al modelo de escritura convencionalizado y uniformado que impone el mercado para lograr el consumo masivo del arte en tanto objeto- mercancía de producción industrial; y el modo de oponerse no parece ser tanto la negación del fenómeno irreversible del desarrollo tecnológico, sino el rechazo a la lógica que el mercado tiende a imponer como dominante. Negarse a ella implica seguir escribiendo (politizar el arte) desde la sujeción a los propios valores estéticos, afirmados en la singularidad.

## NOTAS

- 1) Walter Mignolo, en su artículo “Occidentalización, Imperialismo, Globalización”, analiza el proceso de occidentalización que a partir del siglo XV se produjo en el lugar que hoy se conoce como Latinoamérica y que le dejó una preocupación: hasta dónde Latinoamérica es parte de Occidente. Mignolo trabaja lo que Enrique Dussel llama “filosofía colonial”, la filosofía exportada desde Europa hacia África, Asia y América Latina. Dussel concibe las sucesivas independencias de los países americanos como emancipación no sólo del mercantilismo sino también de la filosofía colonial. [En: *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, N° 170-171, enero-junio 1995].
- 2) Carlos Fuentes: “Las dos orillas”, en: *El naranjo*, México, Alfaguara, 1993.
- 3) Alfredo Bryce Echenique, en: *Suplemento Clarín* por el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, 1992.
- 4) Fernando Ainsa, en “El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada”, aborda el viaje del exilio latinoamericano que exalta y revaloriza formas de la nostalgia. [En: *Graffiti*, n° 73, mayo-junio, 1997, Montevideo, págs. 22-33].
- 5) Victoria Cohen Imach aborda el fenómeno del boom siguiendo las lecturas de Jaime Mejía Duque quien constata, respecto de la literatura latinoamericana, el pasaje de literatura desconocida a moda intelectual, y de Miguel Angel Rama que revisa el fenómeno desde un enfoque sociológico. [En la introducción a *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1994].
- 6) FUENTES, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1968.
- 7) Rita De Grandis expande la problemática de las polémicas internas. La dualidad entre lo regionalista y lo cosmopolita se articula en las *ficciones de búsqueda* en términos de un polo de atracción externo, universalista y humanista (la narrativa del *Boom*) y otro de rechazo, regionalista-indigenista (Perú) y nacionalista-populista (Argentina). [En: *Polémica y estrategias narrativas en América Latina*, Rosario, Viterbo, 1993, págs. 11 a 44].
- 8) Rita Gnutzmann aborda los distintos significados que han tenido los términos “unidad” y “diversidad” a lo largo de la historia latinoamericana y cómo han sido leídos tanto por los escritores como por los críticos. [“América Latina: ¿Unidad o diversidad? - Heterogeneidad”. En *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, Fundación Universitaria Española, Seminario “Menéndez Pelayo”, N° 21, 1996, págs. 27-41].
- 9) Citado de: *Supersticiones de linaje*, Rosario, Viterbo, 1996, por Mónica Bueno,

- pág. 84.
- 10) Citado de : *Supersticiones de linaje*, Rosario, Viterbo, 1996, por Nancy Fernández Della Barca, pág. 51.
  - 11) RODRIGUEZ PERSICO, Adriana, "Identidades nacionales argentinas 1910 y 1920", en AUTELO, Raúl (organizador) *Identidade & representaçao*, Florianópolis, UFSC, 1994.
  - 12) AINSA, Fernando, op. cit. Frente al fenómeno de la globalización, Ainsa propone una mirada utópica: ver en la globalización más que un obstáculo, un desafío, "uno de los retos culturales más apasionantes y potencialmente subversivos del momento". Para ello propone inventar una mirada múltiple, polifónica y pluralista, capaz de evacuar los significados aceptados del signo identitario.
  - 13) Jacques Le Goff , hablando de la situación europea y respecto de la *mundialización* , establece una diferencia entre la posibilidad de traducirla como una *Europa de las patrias* o como una *supernación* europea. En el primer caso, la *patria* sería la que tiende a reconocer y legitimar la diversidad de las demás patrias: *patria* entendida como aceptación de una multiplicidad de identidades; el segundo caso, marcado por una concepción nacionalista, es el que ha entendido a la *nación (supernación)* como la que tiende a excluir a las demás naciones. [En: Vidal, C. J.; "Una patriota europeo", Reportaje a J. L. G. del Suplemento *Radar de Página 12*, Año 2, Nº 68, 30/11/97].
  - 14) TALENS, Jenaro. "Escritura contra simulacro", en *Casa de las Américas*, Nº 203, abril-junio de 1996.